

Promulgóse esta constitucion en medio de la unánime aclamacion del pueblo, y se juzgó que la energía de este iba á comunicar un juvenil vigor á la caduca monarquía. Pero fueron de corta duracion aquellos transportes de júbilo. Estanislao Augusto, si bien ostentó grandes luces al formar su constitucion, tambien demostró que no era apto para defenderla. La emperatriz Catarina comenzó á concebir recelo de que la Polonia recobrare su pasada robustez política, y tuvo temores de que se contagiasen sus Estados hereditarios con aquellos principios revolucionarios que tan cerca de ellos se proclamaban. Celebróse un nuevo tratado de repartimiento entre las tres potencias contiguas, [1] y retiróse á los vencedores de Ismael de la guerra en la Turquía, para que descargasen un golpe mortal sobre los antiguos defensores de la fé cristiana.

Aunque no poseian los polacos el ascendiente que dá la union, su valor natural les hacia propios para haber representado un papel importante en los acontecimientos de Europa. Napoleón los ha caracterizado, diciendo que son los hombres que con mas prontitud se vuelven soldados; y su vehemente patriotismo les hacia verter voluntariamente su sangre en favor de cualquiera otra nacion en la cual veian que por su medio podian recuperar su independencian nacional. Las legiones polacas se distinguieron por su intrepidez en las guerras de Italia y España:

(1) Ann., Reg., XXXIII, 205. Lac., VIII, 168, 172 Burke, 178.

militaron bajo los pendones franceses en Smolensko y en Moscow, y les mostraron una fidelidad á toda prueba, durante todos los desastres que se padecieron en la posterior retirada. Aunque los abandonó cruelmente Napeleon al principio de la campaña en Rusia, asociáronse á su suerte durante los cambios que mas adelante se operaron, y en medio de la general defección de la Europa conserváronle su lealtad en el campo de Leipsic.

Hallábase la Suecia demasiado distante del teatro de la lucha europea, para ejercer influjo alguno en la política. A salvo de todo peligro por la situacion distante y casi inaccesible que ocupaba, habitada por felicidad suya, por una poblacion de labradores robustos, virtuosos é ilustrados, nada tenia que temer sino de la insaciable ambicion de la Rusia. Hacia poco, sin embargo, que habia terminado una guerra gloriosa con su poderosa vecina; sus armas, combinadas con las de la Turquía, habian tomado á las fuerzas imperiales por sorpresa; y Gustavo, salvándose, por medio de un desesperado esfuerzo de valor de una posicion peligrosa que guardaba, habia destruido á la escuadra rusa, y ganado una señalada victoria tan cerca de San Petersburgo, que desde el palacio de la emperatriz se oia el rumor del cañoneo. Catarina se apresuró á celebrar la paz con la Suecia, por medio de proposiciones ventajosas que dirigió á aquella su valerosa antagonista, y á fin de que las aceptase, todavía se sirvió

del expediente de alhagar sus sentimientos caballerescos, diciendola que los esfuerzos de todos los soberanos debian dirigirse á contener los proyectos de la révolucion francesa, y que ninguna nacion era mas digna que la Suecia de ponerse al frente de tamaña empresa. [1]

Situada la Turquía al otro extremo de los dominios rusos, sus fuerzas eran menos capaces todavía, que las de la Puerta otomana. Suecia, de alterar la balanza de las potencias europeas. Formidable durante el periodo de su vigor y engrandecimiento, el poder otomano como sucede respeto del de todas las naciones bárbaras, habia declinado rápidamente y sin intermision, despues de haber llegado al apogeo de su grandeza. Hallábase defendido aquel imperio por la natural fragosidad de su terreno, por su escasísima poblacion, consecuencia de la cruel é incesante opresion del gobierno, y por la rivalidad de las potencias europeas que siempre intervenian en su favor cuando corria riesgo la existencia de estos dominios. Su caballería valiente, diestra y bien montada, era la mas formidable del mundo; pero el carácter veleidoso del pueblo le hacia incapaz de prestarse á la sujecion y al sufrimiento, que son indispensables para la formacion de una masa de infantería aguerrida y disciplinada. Algunas veces, sin embargo, impelió el fanatismo á hacer extraordinarios esfuerzos, y en tales casos no era cosa rara ver tendida hácia los márgenes del

(F) Lac. VIII, 167.

Danubio á una fuerza de ciento cincuenta mil hombres; pero eran de corta duracion estos esfuerzos, pues á la primera derrota de alguna consideracion desaparecian aquellas poderosas huestes y dejaban á sus gefes al frente solo de unos cuantos regimientos de caballería. Pero aunque todas estas causas ocasionasen que fueran los otomanos incapaces de llevar la guerra al estrangero, eran sin embargo formidables contra cualquiera fuerza que los invadiese. Sus planios, despoblados y sin agua, no prestaban recurso alguno al enemigo, y al mismo tiempo, la falta absoluta de caminos propios para trenes, hacia casi llegar al imposible el transporte de provisiones de los Estados inmediatos, ó avanzar la necesaria artillería para el sitio de las fortalezas del imperio. Los genízaros parapetados tras de las murallas de las mas insignificantes poblaciones, combatian las mas veces, con buen éxito, con un valor frenético; los habitantes todos tomaban las armas en defensa de sus vidas y de su culto; y las ciudades mas despreciables defendidas por tales guerreros, presentaban con frecuencia una oposicion mas terrible, que las mejores fortificaciones de la parte occidental de Europa.

Sin embargo, la continua y dura opresion que ejerce el gobierno otomano para con sus súbditos, habia introducido en el poder de la Turquía un principio de debilidad que no habia llamado la atencion en las épocas anteriores, pero que ha desarrollado posteriormente sus efectos, de una manera manifiesta. Los efectos de aquella cau-

sa eran, en primer lugar, la rápida y constante mengua que presentaba su poblacion, la cual, en breve imposibilitó al imperio de hacer aquellos súbitos y violentos esfuerzos que tanto terror inspiraran en las épocas anteriores á los Estados inmediatos. [1] En segundo lugar, el orgullo ignorante y brutal del gobierno, no permitiéndole adquirir instruccion alguna sobre la situacion que guardaban las diversas naciones de Europa, le dejaba en la imposibilidad de aprovecharse de las ventajas que las encarnizadas luchas de aquellas con mucha frecuencia se daban, y mas de una vez esa misma ignorancia le hizo desechar los únicos medios con que podia contar para rehacerse del ascendiente que le hacian perder las incesantes agresiones de la Rusia.

Distintas causas habian originado que la importancia política de la Italia hubiese llegado á ser tan insignificante como la de la Turquía. Apesar de habitar el suelo mas hermoso de Europa, apesar de haberle dado la naturaleza riquísimos planíos y feracísimas montañas, y de haberle defendido de agresion estraña por el mar que le circuye y los helados Alpes, apesar en fin, de tener á la vista venerables memorias de su antigua grandeza, y de hollar un territorio que habia sido la cuna de la libertad moderna, el pueblo de Italia no figuraba sin embargo en el catálogo de las naciones. Esta triste degradacion parece haber consistido

(1) Constantinopla, por Wallis, I, 193, 194. La Mesopotamia, por Buckingham, I, 212.

en la pérdida de su valor militar y de sus virtudes privadas. Cuando militan bajo caudillos extranjeros, los habitantes de sus estados septentrionales, á semejanza de los portugueses y los hindos cuando han estado bajo la direccion de la Gran Bretaña, han ostentado un valor distinguido como se vió cuando ingresaron en las filas de Napoleon; pero hallándose al mando de oficiales de su pais y combatiendo en defensa de los pendones de su patria, jamas pudieron resistir el impulso de las fuerzas transalpinas. La Toscana, á consecuencia del gobierno sabio y paternal de Leopoldo, florecia, prosperaba, y disfrutaba de contento; pero la inmediacion de la Francia habia hecho que se esparciesen las semillas de la discordia en el Piamonte, y tanto este como el Milanésado, contemplaron con una satisfaccion manifiesta los triunfos que obtenian las huestes republicanas al otro lado de los Alpes. En vano reinaba en todos los estados de Italia una insuperable antipatía en contra de todo yugo extranjero; en vano retumbaban de aplausos sus teatros cuando en ellos se recitaba este verso de Alfieri:

“Servi siam si! ma servi ognor frementi.”

Eran incapaces de hacer aquellos vigorosos y sostenidos esfuerzos que se requieren para el establecimiento de la libertad civil ó de la independencia de la patria; de aquí provino que la Italia, durante todas las contiendas de que fué teatro, pasó sin resistencia alguna, á manos del

conquistador del norte. Las águilas austriacas y francesas dominaron alternativamente en sus planios, pero jamas se tremoló el pendon nacional, ni se hizo esfuerzo alguno para libertar al país del dominio estraño; y las pocas veces que los napolitanos y venecianos intentaron enarbolar el pabellon de independendia, quedaron vencidos al simple aspecto de las fuerzas de sus contrarios. Causa sentimiento recordar que los descendientes de los romanos, de los samnitas y de los galos cisalpinos, hayan degenerado tanto, y probablemente para siempre, de las virtudes de sus progenitores; no parece sino que hay una ley de la naturaleza que prescribe que no pueda existir por mucho tiempo un alto grado de civilizacion unido al valor militar en los hermosos climas del mundo, y que la misma naturaleza, como para equilibrar los infinitos dones que ha acumulado en esos paises, ha negado á sus habitantes la constante resolucion para defenderlos. (1)

El reino del Piamonte situado en las fronteras de la Italia, tenia una poblacion cuyo carácter se asemejaba mas al de sus vecinos los del norte que al de los del mediodía. Sus soldados, que iba á tomar especialmente de la Saboya, de la Siguria ó de los Alpes marítimos, eran valientes, dóciles y emprendedores, y bajo la administracion de Víctor Amedeo, se habian elevado á la mas alta distincion á principios del siglo XVIII. El ejército regu-

(1) Bot. I, 21. Lac. VIII, 147.

lar consistia en 30 mil hombres de infantería y 3.500 de caballería; pero ademas de esta fuerza contaba el gobierno con el apoyo de 15 mil hombres de milicia que podian rivalizar con las mejores tropas de Europa, empleándoseles en la defensa de las gargantas de sus montañas. Ocupábaseles, especialmente durante la guerra, en guarnecer las fórtalezas; y el número de estas, unido á la fuerza natural del país y á su importante situacion, que le hacia dueño de todos los pasos por donde se podia atravesar á los Alpes, daban al Piamonte una importancia, que no se hubiera podido esperar de solamente su fuerza física. (1)

Sumergida en lóbregos pantanos, oprimida por el ascendiente naval de la Inglaterra, y encarcelada en un rincon de Europa, la república holandesa habia decaido mucho en importancia, respecto de la política europea. Continuaba su ejército constando de 44 mil hombres, y sus plazas fortificadas, é inundaciones, le prestaban los mismos medios de defensa que en anteriores épocas la habian hecho adquirir tanta gloria; pero el esfuerzo de sus habitantes no era igual en aquel tiempo, á las ventajas que su natural situacion le daba. Un largo periodo de paz habia hecho decaer el espíritu marcial del pueblo, y su principal defensa consistia en el miserable apoyo de tropas auxiliares, que nunca permitieron á la república, durante la posterior contienda, poner

(1) Jom. I, 244.

mas de 30 mil hombres en campaña. Muy distante estaba el mundo de preveer, en aquella época, la gloriosa resistencia que mas adelante debia hacer la Holanda á las hostilidades por mar y tierra, que habian de dirigir contra ella las dos mayores potencias de Europa.

El pueblo de la Península española, animado por pasiones mas vehementes que otro alguno, descendientes de mas fogosos progenitores y habituado á mayor variedad de climas, debia naturalmente desempeñar un distinguidísimo papel en la lucha, que se iba á trabar en defensa de la libertad europea. Esta raza de singular mezcla, unia á la obstinacion en sus intentos que distinguia á los godos, la fogosa intrepidez que caracteriza á la raza morisca; los siglos que habia pasado en una casi no interrumpida calma, no habian bastado para extinguir la primera de ambas cualidades, ni para moderar la segunda; y el conquistador de Europa se equivocó en sus cálculos sobre el carácter de aquel pueblo, al fundar su juicio en la ninguna gloria que habia adquirido durante el reinado de la dinastía de los Borbones. Los nobles, que habian degenerado á consecuencia de haber seguido constantemente el uso de no enlazarse sino con los de su clase, carecian, es cierto, de energía; y la familia que ocupaba el trono estaba destituida de todas aquellas cualidades que hubieran podido asegurar el triunfo; pero la poblacion de los campos que era animosa, y que gozaba de prosperidad é independen-

España.

cia, presentaba elementos con que poder formar un ejército decidido; y el clero que ejercia sobre las clases ínfimas un ilimitado dominio, estaba poseido del mas insuperable encono en contra de los principios de la Revolucion francesa. La decadencia en que se hallaba la nacion respecto de su vigor político, que muchos escritores superficiales han atribuido infundadamente á sus atenciones coloniales y á la adquisicion de las minas de América, realmente consistia en hallarse estancada una considerable porcion de propiedades en manos de ciertas corporaciones y de algunas familias nobles, y en la grande influencia que ejercia el clero católico, el cual, en los muchos siglos que preponderara, habia hecho que aquel hermoso reino casi no se compusiese sino de conventos rodeados de una poblacion de robustos aldeanos. Pero aunque todas estas causas imposibilitaban á la España, de acometer empresa alguna con relacion al extranjero, no habian disminuido en lo mas leve su aptitud para la defensa de su suelo, y el pueblo que en todos tiempos ha hecho allí causa comun con el soberano y los nobles, volaba á las armas con entusiasmo sin igual, cuando se atacaba á su lealtad, por la captura de su monarca ó se exaltaba á su fanatismo, por medio de las exhortaciones de sus pastores. El primer reves de consideracion, que sufrieron las armas francesas, fué ocasionado en justa retribucion, por el espíritu de resistencia religiosa á que dieron márgen sus primeros enormes actos de injusticia; de suerte, que se

habría evitado la desgraciada batalla de Baylen y la muerte de 500 mil franceses, que quedaron tendidos en los campos de España, si no hubiese llevado á efecto la asamblea constuyente la confiscacion de los bienes del clero. (1)

La fuerza nominal del ejército español, al principio de la revolucion francesa, era la de ciento cuarenta mil hombres; pero mucho distaba esta de ser la positiva de que constase, puesto que nunca pudo lograr aquel gobierno, durante las primeras campañas que sostuvo, presentar mas de ochenta mil hombres al enemigo, sin embargo de haber reforzado su ejército, con la adición de treinta y seis batallones, en los momentos de romperse las hostilidades. Pero con motivo de la invasion, que se practicó en 1808, levantáronse los habitantes en masa y formáronse fuerzas particulares en toda la estension del reino. Mas estas masas indisciplinadas, aunque desplegaban valor como los turcos, defendiendo á las poblaciones aparapetadas tras de sus muros, carecian absolutamente de las cualidades esenciales que poseen las tropas de línea, y no tenian aquella firmeza, aquella confianza en sí propias, ni aquel porte, que son tan necesarios en campaña, para obtener un seguro triunfo. De consiguiente, eran derrotadas en casi cada encuentro que tenían, y á no haber sido por la obstinacion de su carácter, por su ignorancia, por su natural jactancia, que les daba la posibilidad de ocultar á

(1) Foy II, 143, 144, 151, 160, 170. Jomel., 171, Napier, I, 4, 5.

todos, pero no á los suyos, la magnitud de sus revéses, y en fin, por la crecida fuerza auxiliar inglesa, que incesantemente las apoyaba, habríanse terminado las hostilidades á poco de haber dado principio, sin mayor trabajo para el emperador de los franceses [1].

Durante las campañas de la Revolucion, no hubo un solo ejemplo de que el ejército español, desplegara aquella firmeza militar, con que en épocas anteriores se habia distinguido su infantería en las jornadas de Pavía, Rocroí y los Países Bajos. En lo que verdaderamente se señaló fué en aquella facilidad á desordenarse y á volver la espalda á sus banderas al primer descalabro, nulidad propia de las tropas del trópico, y que caracterizó á sus mayores durante sus campañas con los romanos. No parecia sino que la dilatada residencia de sus antepasados bajo otro clima, habia debilitado el indómito esfuerzo que habia desplegado la raza goda, cuando estaba limitada á la helada temperatura de su nativo suelo. La carrera de las armas se tenia en España muy en poco; en 1792 apenas habia cuatro personajes de distincion, en los servicios del ejército y la marina. Pero los pobladores de los campos se mostraron todo el tiempo que duró la guerra, sumamente perseverantes y sufridos; aunque tuvieron innumerables descalabros, no por eso se desalentaron, sino que se volvian á reunir, como en los tiempos de Sertorio, siempre que veian que las circunstancias les eran propi-

(1) Napier, I, 237. y sig., Jom. I, 240.

cias [1] y á pesar de haberse visto abandonados por casi toda la nobleza, sostuvieron hasta el fin una obstinada lucha contra el vencedor de la parte septentrional de Europa.

Criados entre montañas cubiertas de nieve, consagrados al cultivo de un terreno estéril y ostentando austeras costumbres, los agrícolas pobladores de la Suiza, presentaban las mismas cualidades que constantemente los han hecho célebres en las guerras de Europa. Pasaban una vida tan sencilla, tenían tan invencible esfuerzo y un patriotismo tan ardiente como sus antecesores, los que sucumbieron en los campos de Morat ó Morgarten. Aunque se defendían con brio, la fuerza numérica de sus tropas, que no escedía de treinta y ocho mil hombres de línea (2), les daba muy poca influencia respecto de las grandes contiendas que se trataban á las faldas de sus montañas. Sin embargo, no dejaron de presentárseles ocasiones, en que desplegaron el antiguo valor de su progenie; las luchas que sostuvieron en Berna y Undervald, en tiempo de la invasión francesa, no desdijeron de la inmensa celebridad que les hicieran adquirir sus anteriores campañas de independencia; y ya hemos visto además, que en medio de la vergonzosa defección que hubo cuando los sucesos del 10 de Agosto, las guardias suizas fueron las únicas que, fieles á

(1) Jom. I, 242, 243.

(2) Statistique de la Suisse, [Estadística de la Suiza] 102.

Luis, persistieron en seguir su suerte, mereciendo por su muerte heroica que se les hubiese consagrado aquella patética inscripción que se grabó en los sepulcros de las Termópilas:

“Anda á Lacedemonia ¡oh pasajero!  
Y dí que aquí, esclavos de sus leyes,  
Rendimos el aliento postrimero.”

Las fuerzas con que debía luchar la Francia y obtener tan dilatado triunfo contra el inmenso número total de tropas que dejamos enumerado, no era considerable, ni con mucho, cuando las hostilidades se rompieron. Constaba la infantería de ciento sesenta mil hombres, la caballería de treinta y cinco mil, y de diez mil la artillería; pero una gran porción de esta fuerza se había separado de sus filas durante la agitación del país y con anterioridad al período en que dió principio la guerra. En toda la época tempestuosa de la revolución, habíase relajado notablemente la disciplina entre las tropas [1], y la costumbre que habían tomado de entablar entre sí discusiones acerca de la política del país, había introducido en ellas el desenfreno, circunstancia que es incompatible con la disciplina militar; empero, viéronse mas que contrapesadas estas nulidades, á consecuencia de los muchos hombres resueltos

(1) Jom. I, 224. Memorias de Carnot, 136. Saint Cyr, Intruduc. I, 36.